

Murcia, 15 de noviembre 1971

Gentil Mercedes:

Recuerdo las mañanas de Invierno, hace doce, catorce años, en las que tomábamos bocadillos de carne y café con leche, aquí, en Murcia. Las frescas, claras mañanas de Noviembre, me trajeron esta memoria. No sé si tu disposición actual podría soportar aquellas largas, densas, lentas, implacables conversaciones, inmersas en el continuum que forman el sentir y el pensar. Entonces tenías avidez.

La ingenuidad de aquellos años, tan inocentes y nítidos, llenos de bella disposición, es hoy una historia que inunda mi espíritu de melancolía. Ella son unos amorosos brazos.

Yo no podré tener en adelante una vida tan plena de totalidad como la que, por tu sola presencia, pude gozar en aquellos tiempos. Mientras te esperaba, componía teorías y esquemas que, vistos ahora entre mis papeles, no solamente me parecen dignos de un individuo con nombre, sino verdaderos y buenos. Sin duda, me inspirabas.

Mas como la profundidad y misterio de la existencia consiste en que la Divinidad manifieste su infinitud en la arbitrariedad y sinsentido de lo finito, ha sido necesario que la Inspiradora se aleje y que el inspirado se eclipse. Así, ninguno es concorde con el otro ni con él mismo, porque parece necesidad que el mundo sea experimentado como no concorde.

Miguel